

Roche.—¿Somos 6 no los porteros? Pues bien: nosotros respondemos de la tranquilidad de la casa... Que vengan á quejarse, y verán cómo se les recibe.

En la trastienda acababa de tener lugar una furiosa batalla entre Naná y Agustina, por causa del asador; que las dos querían limpiar. Durante un cuarto de hora, el asador había ido rebotando por el suelo, con un ruido de caldero viejo. Actualmente Naná curaba al pequeño Víctor, que tenía atravesado en la garganta un hueso de pato, y para ello le metía los dedos en la boca, obligándole á tragarse grandes terrones de azúcar. Y esto no le impedía ver lo que se hacía en la mesa grande, á donde acudía á cada instante pidiendo vino, pan y carne para Esteban y Paulinita.

—¡Toma! ¡revienta!—le decía su madre;—¡tal vez así me dejarás en paz!

Los niños no podían ya tragar, pero á pesar de ello continuaban comiendo, y golpeando con sus tenedores un acompañamiento, á fin de excitarse.

Entre tanto, y á pesar del ruido, habíase empeñado una conversación entre el tío Brú y mamá Coupeau. El anciano, á quien tanto comer y tanto beber ponían pálido, hablaba de sus hijos muertos en Crimea. ¡Ah! ¡si los pobrecillos hubiesen vivido, el tío Brú habría comido pan todos los días! Y mamá Coupeau, algo torpe la lengua, inclinábase á su oído, diciéndole:

—¡Los padres se dan demasiada pena por sus hijos! Os parezco una mujer dichosa ¿verdad? Pues bien; más de un rato me lo paso llorando... No, no sintáis el no tener hijos...

El tío Brú meneaba la cabeza.

—En ninguna parte me quieren ya para trabajar—murmuraba.—Soy demasiado viejo. Cuando me presento en un taller, los jóvenes se echan á reír y me preguntan si soy yo quien lustró las botas de Enrique IV. El año pasado, todavía pude ganar treinta sueldos al día pintando un puente; pero era preciso estar panza arriba, recibiendo la humedad del río que corría por debajo. Desde entonces tengo tos... Actualmente, se acabó; me despiden de todas partes.

Y contemplando sus envaradas manos, añadía:

—Esto se comprende, porque para nada sirvo. Tie-

nen razón, lo mismo haría yo... Mirad, la desgracia es no haberme muerto. Sí, esa es mi falta. Cuando uno no sirve ya para trabajar, debe acostarse y reventar.

—Verdaderamente—dijo Lorilleux, que escuchaba la conversación,—no comprendo cómo el gobierno no socorre á los inválidos del trabajo... El otro día leí en un periódico que se ocupaba de esto.

Pero Poisson, entonces, creyó deber salir en defensa del gobierno:

—Los obreros no son soldados—declaró.—Los inválidos son para los soldados... No hay que pedir cosas imposibles.

Los postres estaban servidos. En el centro de la mesa erguíase un pastel de Saboya, en forma de templete, con una cúpula de tajadas de melón, y sobre esta cúpula había una rosa artificial, junto á la cual, columpiábase una mariposa de papel plateado, sujeta con un alambre. Dos gotas de goma, en el centro de la flor, imitaban dos gotas de rocío. Después, á izquierda, un trozo de queso tierno nadaba en el fondo de un plato sopero, mientras que en otro plato, á la derecha, apilábase una montaña de fresones triturados, chorreando zumo. Y aún quedaba en la mesa una fuente de ensalada de grandes hojas de lechuga empapada en aceite.

—¡Ea! ¡señora Roche!—dijo con amabilidad Gervasia;—¡un poco más de ensalada! Ya sé que os despetáis por ella.

—¡No, no, mil gracias! ¡no puedo más!—contestó la portera.

La misma invitación hizo la planchadora á Virginia; pero ésta, metiéndose el dedo en la boca, como dando á entender que se tocaba la comida:

—De veras, estoy llena—murmuró.—Ya no queda sitio ni para un bocado.

—¡Vaya! ¡un poquillo de buena voluntad!—repuso sonriendo Gervasia.—Siempre queda un agujero por llenar. La ensalada se come sin apetito... ¿Vais á dejar que se pierda la lechuga?

—Mañana la comeréis confitada—dijo la señora Lerat.—Confitada es mucho mejor.

Las mujeres resollaban contemplando con aire de

pena la ensalada. Clemencia refirió que una mañana se comió tres manojos de berros al almorzar. La señora Putois, era más fuerte todavía; tomaba las lechugas enteras, y sin quitarles las hojas verdes, se las comía como si tal cosa, con un poco de sal. Todas hubieran vivido sólo con ensaladas, y con auxilio de esta conversación, dejaron vacía la ensaladera.

—Por mi parte—decía la portera con la boca llena—sería capaz de ponerme yo á comer á gatas en un prado.

Entonces empezaron las bromas. Sobre los postres, decían que no entran en cuenta. Verdad es que llegaban algo tarde; mas no por ello dejarían de hacerse los honores; pues aun cuando hubiesen debido estallar como bombas, á nadie habían de asustar unas cuantas fresas y una ración de pastel. Por lo demás, ninguna prisa tenían, sobraba tiempo, la noche entera si se les antojaba. Entre tanto, habíanse llenado los platos de fresas y de queso. Los hombres encendían sus pipas, y como quiera que las botellas del lacrado estaban vacías, se echó mano del vino común, y continuaron bebiendo y fumando. Decidióse que Gervasia, cortara el pastel de Saboya, y Poisson, galante como quien era, levantóse para coger la rosa, la cual ofreció á la planchadora, entre los aplausos de la reunión, mientras ella se la prendía con un alfiler sobre el pecho izquierdo, al lado del corazón. Y á cada uno de sus movimientos, la mariposa revoloteaba.

—¡Toma!—exclamó Lorilleux, que acababa de hacer un descubrimiento,—¡pues no estamos comiendo sobre vuestra mesa de trabajo!... ¡De seguro que nunca se ha trabajado tanto en ella como ahora!

Este chiste maligno tuvo un éxito asombroso. Comenzaron á llover alusiones de doble sentido; Clemencia no engullía una cucharada de fresas, sin decir que daba un planchazo; la señora Lerat pretendía que el queso sabía á almidón, mientras que la señora Lorilleux, entre dientes, decía que no podía darse mayor casualidad que la de tirar tan aprisa el dinero sobre aquellas tablas donde con tanto afán se ganaba. Elevábase una tempestad de risas y gritos.

Pero, de repente, una voz fuerte impuso silencio á

todo el mundo. Era Roche, en pie, con aire desmadrado y picaresco, que cantaba el «Volcán de amor, ó el soldado seductor».

«Yo soy Blavin, el seductor de las hermosas...»

Una tempestad de aplausos acogió la primera copla. Sí, sí; había llegado el momento de cantarlas. Cada cual entonaría la suya. Aquello era lo más divertido del banquete. Y los concurrentes se apoyaron de codos en la mesa, unos, y los otros se recostaron en los respaldos de sus sillas, meneando la cabeza en los buenos pasos, y bebiendo un trago en los estribillos. El animal de Roche era una especialidad en cuestión de coplas cómicas, y hubiera hecho reír hasta las botellas cuando imitaba á un recluta, con los dedos estirados y el sombrero echado atrás. Inmediatamente después del «Volcán de amor» entonó la «Baronesa de Follebiche», que era uno de sus triunfos. Cuando llegó á la tercera coplilla, volvióse hacia Clemencia, murmurando con voz lenta y voluptuosa:

«Tenía visitas la baronesa;—eran sus cuatro hermanas;—dos de ellas morenas, y una rubia—que reunían ocho ojos arrebatadores.»

Entonces la reunión, exaltada, cantó á coro el estribillo. Los hombres llevaban el compás á talonazos. Las mujeres habían cogido los cuchillos y golpeaban cadenciosamente sobre las copas; todos gritaban:

«¡Pardiez! ¿quién pagará—la copa á la pa...—¡Pardiez! ¿quién pagará—la copa á la pa... á la patria... u... lla?»

Los cristales de la tienda resonaban, y el vigoroso aliento de los cantores agitaba las cortinillas de muselina. A todo esto Virginia había desaparecido por dos veces, y cada vez, al volver, se había inclinado al oído de Gervasia para darle una noticia. La vez tercera, al regresar, díjole en mitad del oído:

—Aún está en la taberna de Francisco, fingiendo que lee un periódico... De seguro está maquinando una mala treta.

Referíase á Lantier, al cual había ido á acechar.

—¿Estará borracho tal vez?—preguntó á Virginia.

—No lo creo—contestó la morena.—Tiene un aspecto muy sosegado... Y esto es lo que sobre todo me

inquieta: ¿por qué, si está sereno, ha de permanecer tanto rato en la taberna? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡con tal que no suceda una desgracia!

La planchadora, muy conmovida, le rogó que se callara. Reinaba, en aquel momento, un profundo silencio. La señora Putois acababa de ponerse en pie y cantaba: «¡al abordaje!» Los invitados, mudos y graves, la miraban, y hasta Poisson había dejado su pipa en el borde de la mesa para oírla mejor. La cantora se mantenía erguida, bajita, y como ardiendo en cólera, verde su faz bajo su negra cofia, y lanzando su puño izquierdo hacia adelante con una especie de fiereza, rugiendo con una voz más gruesa que ella:

«Si un temerario pirata—nos da caza por la popa— ¡pobre filibustero!—No haya cuartel para él!— ¡Muchachos, á las carronadas!— ¡Venga ron á copas llenas!— Que piratas y forbantes—son caza de obenques!»

Aquello era serio; pero ¡caramba! daba una verdadera idea de la cosa. Poisson, que había viajado por mar, columpiaba la cabeza aprobando los detalles.

Por lo demás, dejábase comprender fácilmente que la canción era de la cuerda de la señora Putois. Coupeau se inclinó para referir que, una noche, la señora Putois había abofeteado, en la calle Poulet, nada menos que á cuatro hombres que intentaban deshonrarla.

Entre tanto, Gervasia, ayudada por mamá Coupeau, sirvió el café, aun cuando todavía estaban comiendo el pastel de Saboya. Y no la dejaron sentarse, gritando todo el mundo que le había llegado su vez. Negábase ella, pálido el semblante, con el aspecto de enferma; y preguntándose si acaso el pato le había sentado mal, hubo de acceder y entonó: «¡Ah! ¡dejadme dormir!» con voz débil y dulce; y cuando llegaba al estribillo, á ese deseo de un dormir lleno de hermosos ensueños, sus párpados se cerraban, y su anegado mirar, perdía-se en las sombras de la calle. Después de ella saludó Poisson á las mujeres, con un brusco movimiento de cabeza, y entonó una canción báquica: «Los vinos de Francia», con voz de geringa, alcanzando únicamente éxito la última estrofa, la estrofa patriótica, porque al hablar de la bandera tricolor, levantó la copa en alto, la columpió un momento y se la echó al colete

de un solo trago. Sucediéronse después cóplás y cóplás; salieron á colación Venecia y los gondoleros, en la barcarola de la señora Roche, Sevilla y las andaluzas en el bolero de la señora Lorilleux, y el esposo de ésta llegó á cantar hasta los perfumes de la Arabia, á propósito de los amores de Fatma la bailarina.

En derredor de la grasienta mesa; en la atmósfera condensada con un hálito de indigestión, abríanse horizontes de oro, desfilaban cuellos de marfil, cabellos de ébano, besos á la luz de la luna al son de las guitarras, bayaderas sembrando con sus danzas perlas y diamantes; y los hombres fumaban plácidamente sus pipas y las mujeres sonreían en inconsciente deleite, creyéndose todos transportados á aquellas regiones y aspirando sus embalsamados perfumes. Y cuando Clemencia se puso á arrullar: «Haced un nido», con cierto temblor de garganta, oyóse también con grato placer, pues aquello recordaba la campiña, las ligeras aves, las danzas bajo la enramada, las flores de cáliz de miel, en una palabra, cuanto se veía en el bosque de Vincennes los días que se iba allí á comer un conejo. Pero Virginia volvió á sacar á plaza el género picaresco, con «Mi pequeño requiquí», imitando á una cantinera, puesto el brazo en jarras y representando la acción de llenar las copas, en el vacío, dando vuelta á la muñeca. Tanto agradó á la reunión, que suplicaron á mamá Coupeau que cantase: «El ratón». La anciana negábase, jurando y perjurando que no sabía aquellas picardías. Sin embargo, comenzó á entonar con su cascado hilo de voz, y su arrugado rostro, de ojillos vivos, acentuaba las alusiones, los terrores de la señorita Lisa apretándose las faldas entre sus muslos al ver al ratón. Todos los presentes reían; las mujeres no podían conservar su serenidad, y dirigían relucientes ojeadas á sus vecinos; al fin y al cabo, la canción nada tenía de obscena, ni siquiera contenía una palabra verde. Si vale decir verdad, Roche hacia el ratón á lo largo de las pantorrillas de la carbonera, lo cual, hubiera podido traer graves consecuencias si Gouget, á una señal de Gervasia, no hubiera impuesto el silencio y el respeto con: «La despedida de Abd-el-Kader», que entonaba con voz de bajo profundo. ¡Aquel

sí que la tenía sonora! Y salía de su hermosa barba rubia, como de una trompeta de cobre. Cuando lanzó el grito: «¡Oh, mi noble compañera!» refiriéndose á la negra yegua del guerrero, latieron todos los corazones y la reunión en peso le aplaudió, sin esperar al final.

—¡Ahora le toca al tío Brú!—exclamó mamá Coupeau.—¡Ea! ¡cantad la vuestra! ¡Las antiguas son las más bonitas!

Y la reunión volvió los ojos hacia el anciano, insistiendo y animándole. El, aletargado, con su eterna máscara de piel curtida, miraba á los concurrentes, sin comprender al parecer. Preguntáronle si sabía las «Cinco vocales», y bajó la cabeza diciendo que no se acordaba; todas las canciones de tiempos pasados se embrollaban en su calabaza. Decidíase ya á dejarlo tranquilo, cuando, pareciendo acordarse de algo, empezó á tartamudear con cavernosa voz:

«¡Tra la la, tra la la!—¡Tra la, tra la, tra la la!»

Animábase su faz; este estribillo debía despertar en él lejanas alegrías, que él solo saboreaba, escuchando su voz cada vez más sorda, con éxtasis de niño:

«¡Tra la la, tra la la!—¡Tra la, tra la, tra la la!»

—¿Sabéis, querida—murmuró Virginia al oído de Gervasia,—que vengo otra vez de la calle? La cosa me traía inquieta... ¡Pues bien!... Lantier ha desaparecido de la taberna de Francisco.

—¿Y no le habéis encontrado fuera?—preguntó la planchadora.

—No; he venido aprisa, y no se me ha ocurrido...

Y aquí, Virginia, que miraba hacia la calle, interrumpióse, exhalando un grito ahogado:

—¡Ay, Dios mío!... Está en la acera de enfrente y mira hacia aquí.

Sobrecogida Gervasia, atrevióse á mirar. En la calle había formado un compacto grupo, para oír cantar á la reunión. Componíanlo los dependientes del droguero, la tripicallera, el relojero, militares, burgueses engabanados y tres muchachas de cinco á seis años de edad, agarradas de las manos, muy serias y como encantadas. Y Lantier, efectivamente, se encontraba de plantón en primera fila, escuchando y mirando con

la mayor tranquilidad. No podía darse mayor descaro. Gervasia experimentó una sensación como si un chorro de agua fría se le subiese desde las piernas al corazón, y apenas se atrevía á moverse, mientras el tío Brú continuaba:

«¡Tra la la, tra la la!—¡Tra la, tra la, tra la la!»

—¡Basta, viejo mío, basta ya!—dijo Coupeau.—¿Supongo que la sabéis toda?... Pues bien, ya nos la cantaréis otro día, cuando estemos demasiado alegres.

Resonaron algunas risotadas. El anciano se calló, giró su pálida mirada en torno de la mesa, y recobró su aspecto aletargado y pensativo.

Concluido el café, el plomero había vuelto á pedir vino. Clemencia la emprendía de nuevo con las fresas. Por un momento cesaron las canciones para hablar de una mujer á quien habían encontrado ahorcada por la mañana en la casa de al lado. Tocábale á la vez á la señora Lerat; mas ésta necesitaba de algunos preparativos. Empezó humedeciendo un ángulo de su servilleta en un vaso de agua, y se lo aplicó á las sienes, porque tenía mucho calor. Después, pidió unas gotas de aguardiente, las bebió, y estuvo enjugándose largo rato los labios:

—El «Hijo del buen Dios» ¿verdad?—murmuró,—el «Hijo del buen Dios»...

Y alta, varonil, con su huesuda nariz y anchos hombros de gendarme, comenzó:

«El niño desgraciado que su madre abandona—encuentra siempre asilo en la santa mansión.—Dios, que lo ve, lo ampara desde su trono.—El niño abandonado es hijo del buen Dios.»

Su voz temblaba al pronunciar ciertas palabras, y se arrastraba en notas humedecidas de lágrimas, levantaba oblicuamente los ojos hacia el cielo, mientras que su mano derecha se balanceaba delante de su pecho y se apoyaba contra su corazón, con ademán conmovido. Entonces, Gervasia, torturada por la presencia de Lantier, no pudo contener el llanto; parecíale que la canción narraba sus tormentos, y que ella misma era la niña perdida, abandonada, cuya defensa tomaba á su cargo el buen Dios. Clemencia, achispada del todo, empezó á sollozar, y apoyada su cabeza en

el borde de la mesa, ahogábanse sus hipos en el mantel.

Reinaba el silencio más profundo. Las mujeres, erguida la cabeza, secábanse los ojos con su pañuelo, como orgullosas de su emoción. Los hombres, inclinada la frente, miraban fijamente hacia adelante, parpadeando.

Poisson, oprimida la garganta y apretando los dientes, rompió dos veces la punta de la pipa, y escupió los pedazos, sin cesar de fumar. Roche, que tenía la mano sobre una rodilla de la carbonera, ya no la pellizcaba, presa de un remordimiento y un respeto vagos, en tanto que por sus mejillas se deslizaban dos gruesas lágrimas. Aquellos alegres comensales estaban rígidos como la justicia y tiernos como corderos. ¡El vino les salía por los ojos! Y cuando se repitió el estribillo, más pausado y más quejumbroso, todos se abandonaron al sentimiento, todos lloraron como becerros, en sus platos, desabotonándose los pantalones para no reventar de enternecimiento.

Pero Gervasia y Virginia, á pesar suyo, no apartaban ya la vista de la acera de enfrente. La señora Roche, á su vez, percibió á Lantier y dejó escapar una ligera exclamación, sin dejar de lavarse la cara con sus lágrimas. Entonces, las tres, respirando ansiedad sus semblantes, trocaron involuntarios signos de cabeza. ¡Dios mío! ¡si Coupeau volvía la cabeza y veía al otro! ¡qué matanza! ¡qué carnicería! Y tan poco supieron disimular, que el plomero les preguntó:

—¿Qué demonios estáis mirando?

Y se inclinó y reconoció á Lantier.

—¡Rayos de Dios! ¡eso ya pasa de raya!—murmuró.

—¡Habrá insolente!... No, eso es demasiado, y se va á concluir de una vez...

Y al ver que se levantaba tartamudeando amenazas atroces, Gervasia le suplicó en voz baja:

—¡Oye, escucha, te lo ruego!... Deja ese cuchillo... Siéntate, no tengamos que llorar una desgracia...

Virginia tuvo que quitarle el cuchillo que había tomado de la mesa. Mas no pudo impedir que saliera al encuentro de Lantier. La reunión, en su emoción creciente, nada veía y lloraba á más y mejor, mientras

que la señora Lerat cantaba con desgarradora expresión:

«La huerfanita andaba perdida,—y su voz la oían solamente los copudos árboles y el viento.»

El último verso pasó sobre la reunión, como un gemido lamentable de tempestad. La señora Putois, que estaba bebiendo, se conmovió tanto, que derramó el vino sobre el mantel. A todo esto Gervasia continuaba como helada, con una mano en la boca para no gritar pestañeando de espanto, esperando ver, de un momento á otro, caer á uno de los dos hombres en mitad de la calle. Virginia y la señora Roche seguían también la escena con la vista, profundamente conmovidas.

Coupeau, sorprendido por el brusco cambio de la atmósfera, estuvo á pique de caerse en la acera, al querer abalanzarse sobre Lantier. Este, con las manos en los bolsillos, se había limitado á separarse un poco. Y actualmente los dos hombres se insultaban, y el plomero, sobre todo, ponía al otro como nuevo, tratándole de marrano enfermo y diciendo que le iba á comer las tripas. Oíase el rumor colérico de las voces, y distinguíanse ademanes furiosos, como si tratasen de descoyuntarse los brazos á fuerza de bofetadas. Gervasia, desfalleciente, cerraba los ojos, porque aquello duraba demasiado y á cada momento les creía despedazándose á bocados, pues tan próximos se hallaban el uno al otro, que casi se rozaban sus caras. Después, no oyendo nada, abrió los ojos y quedó como embobada al ver que conversaban tranquilamente.

La voz de la señora Lerat elevábase, arrullante y plañidera, comenzando un estribillo:

«Al día siguiente recogieron,—medio muerta, á la pobrecilla...»

—¡Cuidado que hay mujeres bien zorras!—exclamó la señora Lorilleux, en medio de la aprobación general.

Gervasia había cambiado una mirada con la señora Roche y Virginia. ¿Se arreglaba, por lo visto, la cosa? Coupeau y Lantier continuaban hablando al borde de la acera. Todavía se dirigían injurias, pero amistosamente. Llamábanse «gran bruto» con un tono en que se traslucía un asomo de ternura. Viendo que todo el

mundo les miraba, acabaron por ponerse á pasear uno al lado de otro, á lo largo de la acera, volviéndose á cada diez pasos. Habíase empeñado un animado diálogo. De repente pareció que Coupeau se enfadaba de nuevo, mientras el otro se negaba, haciéndose de rogar. Y por fin el plomero empujó á Lantier, obligándole á atravesar la calle, y penetrar en la tienda.

—¡Os digo que es de buena voluntad!—gritaba.— Beberéis una copa de vino... Los hombres somos hombres ¿verdad? y hemos nacido para entendernos...

La señora Lerat acababa el último estribillo, que todas las mujeres repetían á coro, arrollando sus pañuelos:

«El niño abandonado, es hijo del buen Dios.»

Aplaudióse mucho á la cantora, la cual se dejó caer en la silla como quebrantada, y pidió de beber, en razón á que se conmovía en extremo siempre que cantaba aquella romanza, y temía que se le saliese de sitio algún nervio. Entre tanto, la reunión en peso fijaba sus miradas en Lantier que, sentado tranquilamente al lado de Coupeau, engullía los restos del pastel de Saboya, después de mojarlos en una copa de vino. Excepto Virginia y la señora Roche nadie le conocía. Los Lorilleux olfateaban algo, pero no acertando con ello, afectaban un aire reservado. Gouget, que notara la emoción de Gervasia, miraba de soslayo al recién llegado. Y como reinaba un silencio embarazoso, dijo Coupeau sencillamente:

—Es un amigo.

Y dirigiéndose á su mujer:

—¡Ea! ¡muévete!... Tal vez quede aún café caliente...

Gervasia los contemplaba á uno tras otro, con mirada dulce y alelada. Primero, cuando su marido había empujado á su antiguo amante para que entrase en la tienda, se había cogido la cabeza entre las manos; con el mismo ademán instintivo que los días de gran tempestad, al retumbar de cada trueno. Parecía aquello imposible y que las paredes iban á caer y á aplastar á todo el mundo. Después, viendo á los dos hombres sentados, sin que ni siquiera se hubiesen movido de su sitio las cortinillas de muselina, encontró el hecho muy natural. El pato la molestaba un poco,

decididamente, había comido demasiado pato, y esto era lo que le impedía raciocinar. Una pereza dulce la amodorraba, la mantenía clavada en su silla, sin más deseo que el de que no la encorrasen. ¡Dios mío! ¿para qué quemarse la sangre, cuando los demás no se la queman, y cuando los acontecimientos parecen arreglarse por sí mismos, con general satisfacción? Y se levantó, para ver si todavía quedaba café.

En la trastienda dormían los niños. La bisoja Agustina les había atemorizado durante los postres, quitándoles las fresas ó intimidándoles con abominables amenazas. Actualmente, sentíase indispuesta y estaba acurrucada en un banquillo, sumamente pálida y sin chistar. Paulina había reclinado su cabeza sobre el hombro de Esteban, dormido á su vez en el borde de la mesa. Naná se encontraba sentada á los pies de la cama, cerca de Víctor, cuyo cuello ceñía con uno de sus brazos; y adormilada, cerrados los ojos, repetía, con voz débil y continua:

—¡Mamá! ¡tengo pupa!... ¡mamá! ¡tengo pupa!

—¡Caramba!—murmuró Agustina, cuya cabeza no cesaba de moverse á uno y otro lado;—están borrachos; han cantado como las personas mayores.

Dióle á Gervasia otro vuelco el corazón, al ver á Esteban. Parecía que se ahogaba pensando que el padre de aquel muchacho se hallaba tan cerca, comiendo pastel y sin que ni siquiera hubiese demostrado el deseo de dar un beso á su hijo. Tentaciones tuvo de despertar á Esteban y de llevarlo á sus brazos. Después, volvió á pensar que lo mejor era que se arreglasen tan tranquilamente las cosas por sí solas. Hubiera sido una inconveniencia, seguramente, enturbiar el fin de la fiesta. Volvió, pues, con la cafetera, y sirvió una taza á Lantier, quien, por su parte, no parecía ocuparse de ella.

—Ahora me toca á mí—tartamudeaba Coupeau, con voz pastosa.—¡Jeh! se me ha dejado el turno de honor... ¡Pues bien! voy á cantaros: «¡Qué niño tan marrrano!»

La zambra recrudecía y Lantier quedó olvidado. Prepararon las mujeres sus vasos y sus cuchillos, para acompañar el estribillo. Reíanse de antemano, contem-

plando al plomero, quien se afirmaba sobre sus piernas con aire calaverón, y empezó á cantar, con ronca voz de vieja:

«Cada mañana, al levantarme,—tengo el corazón trastornado;—envió al chico junto á la Gréve,—á comprar cuatro sueldos de «vitriolo»;—tres cuartos de hora emplea en el viaje,—y luego, al regresar,—se me bebe la mitad del líquido,—¡qué niño tan marrano!

Y las mujeres, golpeando en sus vasos, repetían á coro, con formidable alegría:

«¡Qué niño tan marrano!»—«¡qué niño tan marrano!»

Actualmente, la calle entera de la Goutte d'Or tomaba parte en la fiesta. El barrio entonaba: «¡Qué niño tan marrano!» El relojero de enfrente, los dependientes del droguero, la tripicallera, la frutera, que sabían la canción, repetían el estribillo; repartiéndose sendas palmadas, por broma. En verdad, la calle acababa por parecer borracha; sólo el olor del festín que se exhalaba de la casa de los Coupeau hacía andar á los transeúntes tambaleándose por las aceras. Hay que advertir que á la sazón, los de la tienda estaban completamente bebidos. La chispa había ido creciendo por grados, desde el primer vaso de vino puro tomado después de la sopa. Ahora, venía á ser el ramillete final: todos berreaban, todos reventaban de ahitos, entre el rosado vapor de las dos lámparas. El clamoreo de aquella enorme jovialidad apagaba el ruido de los últimos coches. Dos municipales acudieron creyendo que era un motín; pero divisando á Poisson, cambiaron un pequeño saludo, y se alejaron lentamente, uno al lado de otro, á lo largo de la obscuridad.

Coupeau cantaba la segunda estrofa:

«El domingo, en la Petite Villette—después del calor—nos vamos á casa de mi tío Tinette—que es limpiaetrinas.—Y para recoger cuescos de cereza—al regresar—se revuelca en la mercancía—¡qué niño tan marrano!»—«¡qué niño tan marrano!»

Entonces, la casa crugió á impulsos de griterío, elevándose en mitad de la tibia y templada noche un clamoreo tal, que aquellos aulladores se aplaudieron á

sí mismós, pues no era posible que nadie berreara más fuerte.

Ninguno de los de la reunión logró nunca recordar con precisión cómo acabó el festín. Debía ser muy tarde, esto es lo único de que se acordaban, puesto que ya nadie pasaba por la calle. También era posible que hubiesen bailado alrededor de la mesa, agarrados de las manos. Aquello se anegaba en una niebla amarillenta, con figuras rojas que saltan, con la boca abierta de una á otra oreja. De lo que no cabía duda era que habían bebido vino á la francesa á los postres, sólo que no podía asegurarse si alguno había hecho la bromita de echar sal en los vasos. Los niños debían haberse desnudado y acostado por sí solos. A la mañana siguiente, jactábase la señora Roche de haberle dado un par de bofetones á su marido en un rincón de la tienda, donde le vió muy arrimadito á la carbonera; mas éste, que no recordaba nada, decía que eran chismes de su mujer. Lo que por unanimidad se tachó de inconveniente, fué la conducta de Clemencia, muchacha á quien, decididamente, no se podía invitar ante personas que se respetaran algo: ¿pues no había acabado por enseñar cuanto Dios le había dado y por tener una vomitona, á consecuencia de lo cual quedó hecha un asco una de las cortinillas de muselina? Los hombres, al menos, se salían á la calle; Lorilleux y Poisson, completamente mareados, habíanse ido, más que de prisa, á la tienda del salchichero. Así se portan siempre las personas bien educadas. Y esto hicieron las señoras Putois y Lerat y Virginia, que, sofocadas por el calor, entraron en la trastienda para quitarse el corsé, y hasta Virginia se recostó un momento en la cama, para evitar las consecuencias. Después, la reunión pareció como si se hubiese derretido, eclipsándose mutuamente, y anegándose en el fondo del obscuro barrio, entre un último clamoreo, una disputa furiosa de los Lorilleux, un «tra la la, tra la la» terco y lúgubre, del tío Brú. Gervasia creyó observar que Gouget había partido sollozando; Coupeau seguía cantando. Lantier debió quedarse hasta al fin, no pudiendo apreciar Gervasia si un hábito que sintió,

por un instante, en sus cabellos, provenía de los labios de Lantier, ó de la calurosa noche.

Y como quiera que la señora Lerat se negase á volverse á Batignolles á hora tan avanzada, sacaron un colchón de la cama y lo tendieron en el suelo para ella, en un rincón de la tienda, después de apartar á un lado la mesa. Allí durmió, entre las migajas del banquete. Y toda la noche, en el aplomado sueño de los Coupeau, el gato de una vecina, que hallara abierta una ventana, entretívose en roer los huesos del pato, acabando el entierro del animal, al rumorcillo de sus agudos dientes.

## VIII

El sábado siguiente, Coupeau, que no había ido á comer á casa, se presentó en compañía de Lantier, á eso de las diez de la noche. Habían comido juntos en el restaurant de Thomas, en Montmartre.

—No hay que reñir, patrona—dijo el plomero.—Somos buenos chicos, como ves... ¡oh!... con él no hay peligro de que uno se desencamine...

Y refirió cómo se habían encontrado en la calle Rochechouart.

Después de comer, habíase negado Lantier á entrár en el café de la «Boule Noire», diciéndole que cuando uno estaba casado con una mujer linda y buena, no

debía andar calavereando por los malos lugares. Gervasia le escuchaba sonriendo. De seguro que no pensaba en reñir, pues estaba como cohibida. Desde la noche del festín, esperaba volver á ver á su antiguo amante el día menos pensado; pero, á semejante hora y en el momento de irse á acostar, le sorprendía la repentina llegada de los dos hombres; y con temblorosa mano, recogíase el moño, que tenía suelto sobre sus espaldas.

—¡Vamos!—repuso Coupeau;—ya que éste ha tenido la delicadeza de rehusar en otro sitio mi invitación, vas tú ahora á regalarnos unas copas... ¡Ah! ¡lo que es esto nos lo debes, en conciencia!

Hacia largo rato que se habían marchado las oficiales. Mamá Coupeau y Naná acababan de acostarse. Entonces Gervasia, que se disponía á cerrar la puerta de la calle cuando llegaron, dejó abierta la tienda, y puso en un ángulo del mostrador copas y los restos de una botella de cognac. Lantier permanecía en pie, evitando el dirigirle la palabra directamente. No obstante, cuando la planchadora le servía, exclamó:

—Unas gotitas nada más, señora, os lo ruego...

Coupeau los miró, y se explicó categóricamente. ¿Iban, por ventura, á hacerse los melindrosos? Lo pasado, pasado estaba, ¿verdad? Si uno conservase rencores al cabo de nueve ó diez años, acabaría al fin por no tener tratos con nadie. ¡No! ¡no, él tenía su corazón en la mano! Ante todo, sabía que trataba con una mujer honrada y con un hombre de honor. ¡Con dos amigos! Por consiguiente, estaba tranquilo, conocía su honradez.

—¡Oh! ¡seguramente!...—repetía Gervasia, con los párpados bajos y sin comprender lo que decía.

—Para mí, ahora ya no es más que una hermana; nada más que una hermana!—murmuró á su vez Lantier.

—¡Pues daos la mano, caramba!—gritó Coupeau,—y mandemos á paseo todo el mundo! Cuando uno tiene corazón, es más dichoso que los millonarios! Yo coloco la amistad ante todo, porque la amistad es la amistad, y nada hay por encima de ella.

*L'Assommoir*—Tomo I—17